

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **48**
Volume

Número **3**
Number




Mayo-Junio **2005**
May-June

Artículo:




Editorial. Liderazgo y política

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Facultad de Medicina, UNAM

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



www.Medigraphic.com

Editorial

Liderazgo y política

Manuel Quijano

Cosa infrecuente, se recibieron en la Revista, varias opiniones sobre el editorial referente al liderazgo en la medicina, (enero 2005), instándonos a ampliar los comentarios que podrían catalizar la insurgencia de líderes en la cruzada propuesta. Los médicos de cualquier especialidad están dispersos en toda la república, pero unidos por lazos invisibles de normas intelectuales universales: forman una comunidad ajena a nacionalidad, raza, ideología o religión y, con seguridad, están similarmente preocupados e inconformes por la forma de la práctica médica “empresarial” que se está imponiendo en todos los países, con una anuencia tácita de los gobiernos. Es esta la cruzada propuesta: en otras palabras se pide que del gremio surjan líderes para que asuman un papel político y se opongan a esa modalidad.

El término política es un concepto muy amplio pero se refiere siempre a una actividad que tiene que ver con el deseo de participar en el poder, en la facultad de dirigir el destino de otros hombres y obtener prestigio social. Todos deseamos ser dueños de nuestra voluntad y, en parte, de otras voluntades ajenas. Como la Historia muestra, las luchas políticas son casi siempre artificiales, que ninguna causa es pura, ninguna decisión sin riesgos y ninguna acción sin consecuencias imprevisibles, en política se acepta de antemano la contradicción entre la ideología pura y las reglas de la acción, y así nace eso que los participantes llaman la *lucha*, e igualmente así nos justificamos nosotros, los no políticos de mantenernos aparte, no sin dejar de criticar la mayor parte de esas actividades.

El poder puede generar miedo, fascinación, repulsión, pero nunca indiferencia. La persona poderosa tiene magnetismo y despierta curiosidad, sea apenas un jefe de oficina, director de una institución, o mandatario religioso o político. El poder político causa en la mayoría de las personas suspicacias y, según las enseñanzas de Maquiavelo, no se somete a la ética común y corriente: siempre se encuentran ejemplos cercanos de mal uso de ese poder. El político tiene mala fama pero todos mantenemos una posición ambigua ante la idea de participar en puestos ejecutivos o de gobierno en instituciones públicas o privadas. Eso que llamamos la Voluntad no es otra cosa que la sensación de auto-poder. El ser vivo, lo mismo el vegetal que el animal, necesita por sobre todas las cosas, dar libertad de acción a su fuerza, a su potencial. La vida, de hecho, es voluntad de poderío, de crecer y de participar.

Como es sabido, se puede hacer política como profesional o como “ocasional”; en este último grupo nos alineamos todos

nosotros cuando votamos, aplaudimos o protestamos. Pero hay asimismo políticos “semiprofesionales” que son los delegados transitorios, los directivos de asociaciones o grupos de apoyo, que no ponen su vida al servicio de la política sino en forma circunstancial, cuando se los pide el dirigente, y que aprovechan para recibir prebendas, rentas o beneficios variados.

Los políticos profesionales forman dos tipos: los que viven “para” la política y los que viven “de” ella. Vivir para la política es hacer de ella el sentido de la vida; de ella depende el equilibrio, la tranquilidad, el goce y sentido del vivir, puesto al servicio de “algo”. Vive “de” la política quien hace de ella su fuente de ingresos.

Los políticos se agrupan en *partidos* y en la actualidad son éstos los que dirigen la distribución de emolumentos y de puestos burocráticos, y quieren ocuparse de todos los asuntos del Estado. De hecho, desaparecidas, o casi, las controversias sobre la interpretación de las leyes y de la Constitución, los políticos y los partidos deberían esforzarse por medidas generales de desarrollo y por resolver los problemas de las clases más necesitadas; pero en general no trabajan para programas abstractos sino para el hombre que ejerce la jefatura. Se ocupan muy principalmente de la distribución de los fondos que el Estado destina en forma de dinero o de puestos, y como ya no son —como antaño—, asociaciones de notables o de senectos, se les ha perdido respeto, credibilidad y liderazgo; se les considera cazadores de cargos y distribuidores de prebendas y lo único que se les exige es sumisión y obediencia. Ello ha creado una burocracia impaciente e insaciable. Por eso la idea de funcionarios especializados, entre los que estarían nuestros representantes de la “cruzada”, y de servidores permanentes debe ser bienvenida; con ello se disminuiría la corrupción y la incompetencia.

El auténtico funcionario no debería hacer política sino limitarse a la administración imparcial, y ejecutar precisa y concienzudamente su tarea de analista y consejero. Son las personas a las que hay que convencer; e incluir en esto a los periodistas (por su categoría de políticos profesionales ocasionales) pues no se les puede negar que, en ciertos momentos, ejercen un peso importante sobre la opinión pública.

¿Cómo se produce la elección del líder y qué cualidades debe poseer? En primer lugar debe tener una voluntad decidida de querer el puesto; y carisma —esa impronta innata indefinible pero fácilmente reconocible—, así como un discurso demagógico convincente. Las cualidades de un buen

político, de un líder, deben ser al menos tres: *pasión, sentido de responsabilidad y mesura*. Pasión es entrega y un ánimo positivo; responsabilidad es la visión objetiva de las consecuencias de sus actos y la mesura es recogimiento y tranquilidad para observar la realidad, guardando una cierta distancia de los hombres y las cosas. Y como agregado a lo anterior, vencer cada día y cada hora a un enemigo muy humano pero peligroso, la vanidad. Porque una vez arriba les nace el sentimiento de poder, la conciencia de que pueden manejar los hilos de los *acontecimientos históricos y que están a la altura de los tiempos*. En todo esto interviene ya la ética.

Otra pregunta: ¿cuál debe ser la causa para cuyo servicio se busca el poder? Pueden ser finalidades nacionales, humanitarias, sociales, éticas, culturales o religiosas, o relativas al oficio como en nuestro caso de la medicina, todas ellas sin contaminarse de fines materiales únicos, de falsificaciones internas valiéndose de la pretensión de que venció porque tenía la razón de su parte. Hablando de la iatrogenia, en un editorial publicado hace ya algún tiempo, afirmé que la ética se manifiesta principalmente en *la intención* al realizar un cierto procedimiento pero también en la selección de los medios usados y lo mismo ocurre en la política.

La ética de la acción puede clasificarse en dos categorías, según Max Weber: la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. La primera se ilustra con los ejemplos religiosos en que todo se considera designio de Dios o en la convicción revolucionaria, en que todo se justifica por la causa; la segunda toma en cuenta las consecuencias previsibles y condiciona a ello la propia acción. Para conseguir fines “buenos”, hay que contar *en algunos casos* con medios moralmente dudosos o peligrosos y con la posibilidad de que existan consecuencias laterales moralmente malas. La actitud rígida de los pacifistas a ultranza o de los revolucionarios de corazón puro, como se presenció en el siglo XX que se oponían a toda medida gubernamental, es semejante a los que consideran una agresión personal el cobro de impuestos, olvidando su justificación por los beneficios que de ello se espera.

Los de la ética de la convicción quisieran casi santificar los medios para un fin determinado, y sostienen simplistamente que de lo bueno sólo puede resultar el bien, y de lo malo sólo el mal (cuando en realidad frecuentemente ocurre lo contrario, políticamente hablando). La verdad es que para imponer la ética en las acciones humanas tienen que emplearse

premios o retribuciones internas y externas: en la moderna lucha de clases se permite como premio interno la satisfacción del odio y el resentimiento, y como premios externos el triunfo, las prebendas y el poder. Y el resto no es silencio (como se dice en Hamlet) sino fraseología de pícaros técnicos en política. No pueden olvidarse las paradojas éticas y la moral del hombre de acción tiene que ser la ética de la responsabilidad matizada por la convicción.

Es cierto, la política se hace con la cabeza, pero de ningún modo sólo con la cabeza y nadie puede prescribir sin fallar, cuándo hay que obrar según la ética de la responsabilidad y cuándo con la de la convicción. Un hombre maduro debe actuar según la ética de la responsabilidad, previendo las consecuencias de sus actos, pero debe saber asimismo cuándo ha llegado el momento de decir “aquí le paro” y reconocer que entre las dos éticas no hay una absoluta oposición sino que pueden ser complementarias. Se repite a menudo la manoseada frase de que en este mundo no se consigue lo posible si no se intenta lo imposible. Pero esto es, una y otra vez, lo que califica al líder.

La política, debe reconocerse, es una dura y prolongada lucha contra resistencias sumamente variadas y que, en todo tiempo, requiere *pasión y mesura*. Inclusive los que no han llegado a dirigentes, deben tener fortaleza de ánimo para soportar la pérdida de sus esperanzas pues, si de cualquier manera han actuado con vocación, podrán decir que han estado a la altura de sus propios actos y de su momento. Un político debe ser, al mismo tiempo, un convencido y un responsable. Es esto lo que esperamos posean los que se lancen a reivindicar la práctica clínica liberal, personalizada, de simpatía y compasión con el enfermo y no pensada como una transacción comercial inspirada en los dividendos inmediatos.

Igual que el nacionalismo, el espíritu de gremio (entre los médicos, por ejemplo) es el arraigo de una solidaridad comunitaria, mayor que la simplemente natural. A pesar de las diferencias de clase, época y región, se crea una fraternidad, un destino común y muchos otros rasgos que parecerían utópicos en otro contexto. La práctica de la medicina es una combinación de ciencia y arte. La primera se basa en los avances de la química, la fisiología y la farmacología —todo ello aumenta su capacidad de acción en el diagnóstico y destreza en la terapéutica—... pero esa destreza no basta para ser un BUEN médico: le falta todavía la intuición y el juicio para reconocer lo mejor para cada paciente, para cada ser humano, lo que forma parte del arte.

La medicina genómica

Hipócrates recogió el legado y en el Asklepión de su isla, en su escuela de Cos, creó la medicina de observación que conocemos. La posteridad le llamó después “divino”, porque humanizó el arte médico de su tiempo, hasta entonces carente de espíritu.